



# BELÉN

Teatro de Nacimiento en Estampas

*(Reducción de la obra teatral del mismo título, original de Florentina del Mar, con canciones y romances de la autora del texto. La orquestación es original de la compositora musical MATILDE SALVADOR.)*

*CS de Tejada*

## ACTO PRIMERO

PRIMERA ESTAMPA: LOS ARCÁNGELES ESPERAN LA ORDEN DEL SEÑOR.

ARCÁNGEL 1.º—*El Señor nos convocó para manifestarnos su Orden. ¿Querrá que yo sea emisario suyo? ¿Habrá algún joven Tobías necesitado de otro pez para los ojos de su padre ciego?*

ARCÁNGEL 2.º—*¿Será a mí al que Dios mandará con su misteriosa Orden?*

ARCÁNGEL 3.º—*¿Me requerirá a mí?*

TODOS.—*¿Qué querrá el Señor?*

ARCÁNGEL 1.º—*Uno de nosotros irá a la Tierra, lo sabemos. La Tierra está muy triste, sembrada de lágrimas y de suspiros. Cuando la Tierra se oscurece*



**S**OBRE una superficie pulida, de un color indefinible, hay un coro de Arcángeles. Nubes redondas, amontonadas al fondo y a los lados, dejan pasar a los Vientos. Los Arcángeles esperan la visita del Señor; saben que hoy Dios Padre elegirá a uno de ellos para bajar a la tierra con una misión... ¿Qué será? ¿Anunciará, como otras veces, la destrucción de la ciudad que se olvidó del Bien? ¿Habrá que visitar a algún jefe de tribu? Pequeños ángeles giran, en manso torbellino, alrededor de los Arcángeles.



ARCÁNGEL 6.º—El Señor Nuestro Dios nos convocó aquí. ¿Qué nos querrá?  
 ARCÁNGEL 1.º—¡Me duelen las alas de contenerlas!  
 ARCÁNGEL 2.º—A mí se me quieren ir en un vuelo que no sé dónde reposaría...  
 ARCÁNGEL 3.º—¿Cuándo vendrá el Señor?  
 ARCÁNGEL 4.º—(A los ángeles que bullen en torno.) ¡Cantad, ángeles chicos; cantad con vuestros violines!  
 ARCÁNGEL 3.º—¡Cantan los ángeles! ¡Sus bocas de arroyos deslizan un sonar de gloria! Cuando el Señor se acerque a darnos su Orden, los ángeles guardarán sus aguas de música para escuchar con nosotros.  
 ARCÁNGEL 4.º—No puedo mirar abajo: veo las llanuras en carne viva; los ojos de los hombres se cierran cuajados de llanto, porque no oyen su nombre.  
 ARCÁNGEL 5.º—Pero ¡cuando descendamos nosotros llevando la Buena Nueva...!  
 ARCÁNGEL 6.º—¡Cuando el Creador nos hable y llevemos su Palabra en las alas...!  
 TODOS.—¡Los hombres volverán a su sonrisa, porque el Señor habló!

SEGUNDA ESTAMPA: ESTÁ AQUÍ EL ARCÁNGEL SAN GABRIEL.

Lllaman a una puerta. Batir de alas muy fuerte.

VOZ.—¡Viene el Señor, viene el Señor!  
 CORO.—¡Alabado sea el Señor de los cielos!  
 SEÑOR.—(Sobre fondo de violonchelos.) Alzaos, ángeles. Acudid, arcángeles. Tú, Gabriel, vas a bajar a la tierra siguiendo al rayo de luz que te dará.  
 GABRIEL.—¿Y allí, Señor...?  
 SEÑOR.—Contigo irá mi Paloma. Cuando tú hables, ella penetrará en una morada resplandeciente.  
 GABRIEL.—¿Y luego, Señor...?  
 SEÑOR.—Dirás mis palabras, las que sabrás decir apenas veas ante ti esa morada que va a ser la mía también en la Tierra.  
 GABRIEL.—¿Es un pueblo?  
 SEÑOR.—Más grande que un pueblo, Gabriel; mayor que todos los pueblos.  
 GABRIEL.—¿Hablaré al mar, Señor?  
 SEÑOR.—Hablarás a una doncella, a una mujer, a MARÍA, de la estirpe del viejo rey David.  
 GABRIEL.—¿Y le diré...?  
 SEÑOR.—Baja. Mirala en el atrio de su casa; está sentada, cose o lee sus tablas. A su lado hay un vaso con azucenas. Es blanca y rubia, casta como los lirios y siempre oye a los pájaros. Ten mi luz, Arcángel Gabriel; ve a María.  
 GABRIEL.—(Batiendo las alas apresuradamente.) ¡Alabado sea el Señor de los Cielos y de la Tierra!

CORO.—¡Alabado sea el Señor!  
 ARCÁNGEL 1.º—¡Cómo vuela Gabriel dentro del rayo de luz divina!  
 ARCÁNGEL 2.º—Y con él va la Paloma del Señor, su Espíritu.  
 ARCÁNGEL 3.º—Están los campos llenos de margaritas recién nacidas, el oro inunda el atrio donde María cose.  
 ARCÁNGEL 4.º—¡Hasta aquí llega el olor de sus azucenas!

TERCERA ESTAMPA: LA ANUNCIACIÓN.

María está cantando cuando llega GABRIEL.

GABRIEL.—¡María!  
 MARÍA.—¿Quién llama?  
 GABRIEL.—Soy Gabriel, María.  
 MARÍA.—Un mancebo transparente, eso eres tú.  
 GABRIEL.—María, vengo del cielo; emisario suyo soy.  
 MARÍA.—¿Qué quieres de mí?  
 GABRIEL.—Decirte que el Señor es contigo. Vendré a decírtelo por eternidad de eternidades. Apréndete mi rostro, mi figura. Soy el Arcángel San Gabriel.  
 MARÍA.—(Arrobada.) ¡Tú, tan hermoso tú!  
 GABRIEL.—¡Bendita tú eres entre todas las mujeres!  
 MARÍA.—(Confusa.) ¿Yo, la más humilde criatura...?  
 GABRIEL.—¡Y bendito sea el fruto de tu vientre!  
 MARÍA.—(Vehemente.) ¿He florecido, fruteceré sin saber yo que era primavera en mí?  
 VOZ DEL SEÑOR.—(Invisible.)—He aquí la morada del Hijo de Dios.

tanto que ni el Sol lava su sombra, el Señor nos convoca para que llevemos allí su Voz salvadora.  
 ARCÁNGEL 4.º—¡Ay! ¿Cuál de nosotros irá a ponerle sonrisas a la Tierra?  
 ARCÁNGEL 5.º—¿Cuál de nosotros llevará la flor vibrante de la palabra del Señor?  
 ARCÁNGEL 6.º—En la Tierra no se sabe nada del Cielo, aunque hubo viejos profetas que se dejaron matar por anunciar un día de amor divino que se derramaría desde el pecho del Creador.  
 ARCÁNGEL 1.º—¿Recordáis a Elías?  
 ARCÁNGEL 2.º—¿Y a Isaías?  
 ARCÁNGEL 3.º—Y de los Reyes, ¿recordáis a David? La estirpe de David es la preferida por el Señor. ¡Siempre estaba el anciano Rey rodeado de sus músicos! Las arpas de David resonaban continuas como un viento manso que se va acercando al ocaso...  
 ARCÁNGEL 4.º—¿Y Salomón, su hijo? ¡Cuánta sabiduría permitió el Señor en él!  
 ARCÁNGEL 5.º—Pero nacerá—se ha dicho—UNO que sabrá y podrá más que ninguno.  
 ARCÁNGEL 6.º—¿Cuándo será ese día? ¡La Tierra lo pide por sus millares de bocas sedientas! Hasta los corderos balan su ansiedad, y las mismas fieras rugen su desconsuelo. ¡Hace falta un enamorado del Señor entre los hombres!  
 ARCÁNGEL 1.º—¡Qué solos están los hombres en la Tierra!  
 ARCÁNGEL 2.º—El Señor los mirará y saldrá luz de sus entrañas resacas.  
 ARCÁNGEL 3.º—¡Veis a las madres! ¡Veis a las esposas, a las hermanas! ¡Parecen campanas vueltas hacia el cielo, resonando un lamento de duelo infinito!  
 ARCÁNGEL 4.º—Las guerras acabaron con el amor de las mujeres.  
 ARCÁNGEL 5.º—Todo es sangre en la haz de la Tierra.



MARÍA.—¡Cúmplase su voluntad!

GABRIEL.—El Señor es contigo.

CORO.—¡Hosanna, hosanna!

(Se produce una leve oscuridad, pausa de silencio. Luz otra vez.)

MARÍA.—¡Se apagó el Arcángel! (Levantándose extática.) ¡Era un haz de oro su cabeza, ardían sus vestiduras! ¡No sé qué fuego penetraba en mi pecho mientras él hablaba, porque una Paloma breve y blanquísima se estaba meciendo sobre nosotros!...

(Se queda silenciosa, y entra JOSÉ, asombrado.)

JOSÉ.—(Extrañado.) ¿Por qué cantas, María? ¿Qué júbilo es el tuyo que hasta los campos han levantado los brazos y están dando vivas al Cielo!

MARÍA.—(Estremecida.) ¡He sido elegida para ser la madre de un Hijo del Señor!

JOSÉ.—(Retrocediendo.) ¿Qué dices, mujer?

MARÍA.—(Con unción.) Bajó hasta mí el Arcángel Anunciador, y sentí que el Espíritu de Dios ponía en mi sangre la semilla de la fecundidad del Verbo Redentor.

JOSÉ.—(Huraño.) ¿Y cómo sabes que era el Arcángel Anunciador?

MARÍA.—(Riendo gozosa.) ¡Oh José, esposo mío! Lo conocemos todas las mujeres de mi estirpe. Anunció su hijo a mi prima Isabel. A mi madre vino a decirle mi propio nacimiento. ¡Era Gabriel, sí!

(JOSÉ queda a un lado, pensativo, y entra la madre de MARÍA.)

ANA.—(Girando la mirada.) Huele a nardos estrujados, a esencia de mañanitas llovidas... ¿Quién pisó estas losas del atrio, que se tiñeron los mármoles de oro?

JOSÉ.—(Desapacible.) Ella dice que vino un arcángel para decirle que será madre del Hijo del Señor...

ANA.—(Devota.) ¡Me arrodillo ante ti, hija!

MARÍA.—(Extática.) ¿Oís llorar? ¡Va a nacer de mí, muy pronto!

JOSÉ.—(Sobresaltado.) ¡Milagro, milagro! ¡El viento se lleva este campo, esta casa, tus lienzos, tus azucenas!

(Se oye silbar el viento, y desaparecen las personas de esta escena.)

#### CUARTA ESTAMPA: EL NACIMIENTO.

CORO.—¡Qué noche tan fría!

VOZ DEL SEÑOR.—(Invisible.) Habrá una estrella que guíe a los hombres que darán su incienso, su oro y su mirra a mi Hijo.

MARÍA.—(Apareciendo cansada.) ¡Ah! Párate, José. No llames a más puertas que nunca se abren. Mi hijo nacerá en esta choza. Aún hay paja nueva en el establo.

JOSÉ.—(Apenado.) ¡Aquí, en un pobre portal de Belén!

MARÍA.—(Con dulzura.) Un portal de Belén que será un trono. Ven ya, hijo mío. Yo cantaré tu nacimiento.

JOSÉ.—(Gimiente.) ¡Frio y hielos hallará el Niño...!

MARÍA.—Un buey y una mula, con sus lenguas grandes y calientes darán su vaho a mi hijo, entibiarán su desnudez.

JOSÉ.—¡Solo nos acompañarán las bestias, mientras los hombres duermen!

(En el fondo, poco a poco se va encendiendo una luz que llega a ser deslumbradora. Se oye llorar a un niño...)

JOSÉ.—(A voces.) ¡El Niño, el Niño ha nacido!

CORO.—Es hermoso como el rayo de luz que bajó a Gabriel. ¡Bendito sea el Redentor del mundo!

MARÍA.—Oyeme, José. Tenemos delante a la Eternidad. Lo dijo el Arcángel: Yo soy la Madre del Hijo de Dios, que acaba de nacer de mí. Hoy, veinticuatro de diciembre. El tiempo empezará a contarse de otra manera a partir de este momento.

CORO DE VOCES REVERENTES.—¡Santa María, ruega por nosotros los pecadores!

MARÍA.—¡Míralos, Hijo! Son los hombres, que ya me piden que les perdones.

GABRIEL.—(Apareciendo un segundo, sin entrar a escena del todo.) ¡María, María! ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres!

CORO DE VOCES REVERENTES.—¡Dios te salve, reina y madre de misericordia!

MARÍA.—¡Hijo, óyelos! Son los hombres, que ya me piden tu amor.

#### ACTO SEGUNDO

##### PRIMERA ESTAMPA: ATRIO DEL PALACIO DE HERODES.

Ante el tirano llegan emisarios que se arrodillan para hablar.

UNO.—¡Traemos ante ti a unos extranjeros poderosos, cuyas comitivas acampan al otro lado de tus murallas!



OTRO.—¡Hablan de astros, de una estrella que les guía en su ruta

HERODES.—(Encarándose con ellos, duramente.) ¿Quiénes sois para que os hablen los astros?

BALTASAR.—Reyes y Magos, a quienes la estrella del rey de los judíos quiere llevar ante él.

HERODES.—¿Vivíais juntos los tres?

BALTASAR.—No. Cada cual en un reino diferente. Yo necesité que la estrella se me mostrara tres noches seguidas, antes de emprender viaje tras ella. Soy Baltasar.

MELCHOR.—A mí me bastaron dos noches de verla... Soy Melchor.

GASPAR.—Lo mismo que a mí. Soy Gaspar.

BALTASAR.—(Arrobado.) Es una estrella hermosísima, refulgente como ninguna. Yo miraba el cielo, como siempre, y, de pronto, saltó ante mis ojos igual a un cervato de luz!

HERODES.—(Despectivo.) ¡Bah! De siempre hubo estrellas gordas y abastecidas de brillo... ¿Qué importa más esta que visteis vosotros?

MELCHOR.—¿Ignoras la profecía? Y luego, ¿no oíste que los tres, cada uno en un reino diferente, la vimos y tras ella anduvimos hasta encontrarnos unidos por el mismo designio? ¡Fue bien cerca de tu país donde nos reunimos y supimos que vamos buscando a la misma criatura!

HERODES.—(Inquieto.) ¡Hum! ¿Al rey de los judíos dijisteis?

GASPAR.—A él, sí; ¿nada sabes tú de su paradero?

HERODES.—Descansad mientras yo hablo con los príncipes de los sacerdotes y con los escribas. Trajisteis gran séquito, ¿verdad?

MELCHOR.—Pero lo dejamos junto a las murallas, aguardándonos.

BALTASAR.—Son camellos y esclavos con incienso, oro y mirra para ofrecerlos al recién nacido...

HERODES.—Apartaos un instante. Venid vosotros los príncipes y escribas. ¿Qué me decís de este rey nacido en mi propio reino?

UNO.—La profecía de Miqueas señaló a Belén como lugar de su nacimiento.

OTRO.—Encamínalos allá y pídeles que te den noticias exactas del lugar en que lo encuentren...

OTRO.—Les dices que es para ir tú también a adorarlo...



HERODES.—Retiraos. ¡Oh magos del Oriente! Creo que debéis seguir hacia Belén si queréis encontrar al que preside vuestra estrella. Esperaré vuestro regreso para acudir yo también a llevarle mis regalos.

MELCHOR.—Gracias, Herodes.

GASPAR.—Atardece. Dentro de poco reaparecerá la estrella que nos guía.

BALTASAR.—¡Hela ya sobre nosotros!

MELCHOR.—¡Moviendo su mechón de oro!

GASPAR.—La agita un temblor de llamas.

BALTASAR.—Corramos a las murallas. La noche es corta si no se la sigue velozmente.

HERODES.—(Sarcástico.) *Id, si; os espero con buena noticia de dónde está ese rey de los judíos, para ir yo a postrarme ante él como vosotros...*

(Salen los Reyes Magos, se oyen sus caballos alejarse.)

UN ESCRIBA SERVIL.—Gran Herodes, aún eres poderoso y fuerte. Espera el retorno de los Magos, y te reirás de tus nuevos enemigos.

HERODES.—(Furibundo, paseándose.) ¡Ese rey de los judíos, convocado ya por las profecías! ¿Por qué había de nacer en mi reino?

SEGUNDA ESTAMPA: CAMPO SOLITARIO: AL FONDO, EN EL MOMENTO INDICADO, EL PORTAL DE BELÉN.

Aparecen los Reyes Magos uno tras otro.

GASPAR.—La estrella se ha quedado quieta sobre nuestras cabezas...

MELCHOR.—Pues no veo ningún palacio ante nosotros...

BALTASAR.—El pueblo de Belén duerme. Todo es campo alrededor. Ni una casa. Ni una puerta de posada abierta...

GASPAR.—¿Y aquello que se ilumina con los rayos de luz que el cielo vierte?

BALTASAR.—¡Aquello es solamente un establo, Gaspar!

MELCHOR.—Acerquémonos. La estrella está parada sobre él, ¡y hasta desciende raudamente! ¿Ves eso, Baltasar?

BALTASAR.—¡Resplandece igual que el oro, Melchor! Asomaos conmigo. ¿Eh? ¿Veis un niño sobre la paja del pesebre?

MELCHOR.—¡Y está rodeado de bestias que le ofrecen su vaho!

BALTASAR.—(Conmovido.) ¡Qué hermosa es la mujer que le adora, y qué noble es el varón que la acompaña!

GASPAR.—¿Y la estrella...? ¿Ya no luce la estrella?

(Destaca al fondo el Portal de Belén. Y los Magos van adorando al Niño.)

MELCHOR.—(Postrado.) Yo, Melchor, le traje mis tesoros y le reverencio.

GASPAR.—Yo, Gaspar, le doy cuanto tenía en el mundo.

BALTASAR.—Yo, Baltasar, vine desde la eternidad de los astros guiado por una estrella. Te amo, Niño Divino.

MELCHOR.—(Volviendo al centro de la escena.) Hemos de partir, aunque por distinto camino.

BALTASAR.—Herodes espera que le digamos por dónde habrá de venir para conocer al rey de los judíos...

MELCHOR.—Sí, sí, pero... Tuve un sueño muy extraño.

BALTASAR.—También yo.

GASPAR.—Y yo. En ese sueño tuve revelación de que habríamos de partir por distinta ruta de la que trajimos, a fin de no hallar a Herodes.

BALTASAR.—Cabalgemos pronto para no encontrárnosle.

MELCHOR.—¡En marcha!



TERCERA ESTAMPA: ATRIO DEL PALACIO DE HERODES.

HERODES.—(Paseándose intranquilo.) ¿Qué? ¿Aún no se vislumbra el regreso de los magos? ¡Ah traidores! Hallaron al reyezuelo judío y no vuelven a decírmelo. Ya están todos conspirando para derrocar-me.

UN ESCRIBA.—¿Qué tiempo hará que nació ese rey?

HERODES.—No lo sé. Pero... ¿y si matáramos a todos los niños que no han cumplido dos años todavía? ¿Entonces no se nos escaparía el rey de la profecía!

UN ESCRIBA.—¡Bien, Herodes! ¡Mata a todos los niños de dos años para abajo!

OTRO.—Es una buena manera de asesinar al rey de los judíos.

HERODES.—(Riendo brutalmente.) ¡Ja, ja, ja! ¡El rey de los judíos! ¡Ja, ja, ja! ¡El rey de los judíos!

(Sobreviene la oscuridad, y en ella se oyen alaridos de mujeres, llantos de niños... Sobre este fondo, la conversación de los magos y su galopar de caballos.)

GASPAR.—¿Qué hacen en Belén con los niños?

BALTASAR.—Los matan porque buscan a Jesús.

MELCHOR.—¡Ay! ¿Lo hallarán por fin?

VOZ DEL SEÑOR.—(Invisible.) No lo hallarán, porque el Ángel del Señor se le aparecerá a José para ordenarle...

(Se ilumina el Portal de Belén, y se oye:)

ANGEL.—(Apareciendo levemente.) José: toma a tu esposa, María, y al Hijo de Dios, y llévatelos a Egipto.

JOSÉ.—(Alzándose sobresaltado.) ¡María, María!

MARÍA.—(Idem.) Dime, José.

JOSÉ.—(Excitado.) ¡Huyamos de Belén! Herodes ha mandado matar a todos los niños, y el nuestro corre peligro.

MARÍA.—(Desolada.) ¿A dónde iremos?

JOSÉ.—A Egipto. Subirás a una pollina, y cogerás en tus brazos al Niño. Yo iré a pie junto a vosotros.

(Oscuridad sobre esta escena.)

CUARTA ESTAMPA: LA PALMERA.

JOSÉ.—(Entrando muy fatigado.) Descansemos esta noche al pie de esta palmera.

MARÍA.—(Entrando con el Niño.) ¡Tan alta, Señor! Nos verán desde todas partes, José.

¿No habrá otro árbol que mejor nos cubra?

JOSÉ.—No. (Soñoliento, sentándose.) Solamente nacen palmeras en estas tierras ardientes, María.

MARÍA.—(Juntando las manos.) ¡Oh palmera, cúbrenos!

(La palmera, súbitamente, se estremece. Se oyen sus palmas agitarse. Y poco a poco desciende sobre el grupo.)

JOSÉ.—(Maravillado.) ¡María, María! ¡La palmera nos ha cubierto con sus ramas espesas! ¡Nadie podrá vernos ya!

MARÍA.—¡Oh palmera! ¡Gracias por tus ramas! ¡Bendita seas por regalarnos tu protección! ¿Dónde estarán los Magos del Oriente? ¿Irán por los rincones de la tierra buscando niños en recuerdo del mío?

(Cruzan el escenario, buscando aviesamente, los esbirros de Herodes, y él mismo, armados, que desaparecen por el foro.)

MARÍA.—(Sin advertirlos.) ¡Oh palmera! ¡Tú, que eres tan alta, di a las madres que la Madre de Dios no quiere que haya ni un solo niño desamparado!

ANGEL.—(Reapareciendo tras la palmera.) ¡Así se dirá, Señora!

FLORENTINA DEL MAR  
(Ilustraciones de C. SÁEZ DE TEJADA.)

